

6. La vida después del ingenio. Una reflexión sobre la identidad obrera y la memoria colectiva en Costa Rica, Sinaloa



JOSSELYNE ELIZABETH SÁNCHEZ BUELNA*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.381.06>

Resumen

Esta población para justificar un futuro mejor. La persistencia de la identidad de cooperativista entre los excooperativistas cementeros coadyuva a enfrentar las faenas diarias individuales y colectivas desde valores fraternales, ya que la memoria no es una representación del pasado, sino un fenómeno siempre México. A través de investigación documental, trabajo de campo y entrevistas, se examinan los referentes identitarios forjados durante las décadas de actividad del ingenio y su persistencia tras su cierre en 1997. El estudio se fundamenta en la teoría de identidades sociales, explorando cómo el trabajo, las organizaciones, las acciones colectivas y los espacios laborales configuraron una identidad compartida entre los obreros. Elementos como el sindicalismo, la religión católica y el fútbol emergieron como pilares de cohesión social y expresión cultural. La construcción del estadio Alejandro Torres, por ejemplo, no solo fue un proyecto deportivo, sino un espacio de convivencia y simbolismo comunitario que trascendió lo laboral. Tras el cierre del ingenio debido a crisis estructurales y cambios en el mercado azucarero, la comunidad experimentó transformaciones socioeconómicas y culturales. Sin embargo, la memoria obrera perdura a través de prácticas culturales específicas.

* Doctorante del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, con especialidad en Sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México. ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-9977-694X> ; correo electrónico: josselynesanchezb@gmail.com

Palabras clave: *identidad obrera; Ingenio Rosales, Costa Rica, Sinaloa; cultura del trabajo; comunidad azucarera.*

Introducción

El caso del Ingenio Rosales, en Costa Rica, Sinaloa, se aborda con la particularidad de que dicha comunidad fue fundada a partir de la iniciación de una actividad productiva (la industria azucarera); las condiciones materiales de la región y la colaboración del hombre tuvieron resultados fructíferos que llevaron a la localidad a crecer de manera exponencial, en la actualidad es catalogada como la ciudad más joven del estado de Sinaloa, con 74 años de historia (Gobierno de Culiacán, 2018). Esta población experimentó el ascenso y descenso de la industria azucarera hasta presenciar la total extinción de dicha producción; repercutiendo no solo económica y laboralmente, sino transformando también las condiciones materiales de la región y las condiciones socio-culturales de sus habitantes. El objetivo de este texto es hacer un análisis de los referentes identitarios colectivos que se procrearon durante las décadas doradas del Ingenio Rosales y que distinguieron a sus obreros, así mismo nos esforzaremos por comprender cómo esto fue base crucial para la vida cultural de los costarricenses, refiriéndonos a “vida cultural” como la vida misma de los individuos, sus aficiones, creencias, costumbres, acciones. Por último, se hará mención de remanentes que se articulan en la actualidad haciendo apología a este pasado obrero, cómo es representado y qué referentes quedan de él. Se pretende realizar una reflexión que nos permita ver cómo el pasado hace al presente y cómo el presente hace al pasado.

El conocimiento obtenido para la realización del presente texto se recolectó a través de la investigación documental y registros orales, en visitas de campo y mediante entrevistas a habitantes de la región. Como apoyo teórico se hizo mención de autores de las ciencias sociales para establecer la relación entre trabajo, identidad y cultura; aunado a lo anterior, también se hace mención del trabajo del cronista e historiador Benjamín Luna Lujano, quien nos ayuda a dimensionar el desarrollo del asentamiento humano (Luna, 2001; Luna *et al.*, 1998).

Desarrollo

Identidad y trabajo

Al pretender analizar los referentes identitarios de los obreros costarricenses es primordial entender qué se interpreta como “identidad”, para ello abordaremos lo que Gilberto Giménez reconoce como “teoría de identidades sociales”, la cual es definida como una idea distintiva cualitativa socialmente situada y basada en tres criterios: red de pertenencias sociales (una identidad de rol o de pertenencia), sistema de atributos distintivos (una identidad característica) y narrativa de una biografía (una identidad íntima o biográfica), donde la identidad tiene no solo carácter descriptivo, sino explicativo (Giménez, 1997). Por ello, se concibe como un elemento de una “teoría de la cultura” distintivamente interiorizada mediante “representaciones sociales” por los mismos actores, sean estos individuales o colectivos (Giménez, 1997). Dentro de esta teoría de la identidad también se toma en cuenta la perspectiva de polaridad entre el autorreconocimiento y heterorreconocimiento que ejerce el sujeto, es decir que el sujeto, al observar, vivir, desarrollarse en su entorno y socializar, encuentra sus identificaciones con lo que le rodea, aprende a percibir lo que no lo identifica o lo que lo hace diferente de otro individuo (o colectivo), lo cual le permite determinar, consciente o inconscientemente, la concepción del “nosotros” y “los otros”.

Como se mencionó anteriormente, se deben contemplar las pertenencias sociales del hombre, ya que posterior a la identificación con quienes interactúa, generalmente asume un rol dentro de la colectividad, lo cual le permite ser partícipe de ella, socializar, apropiarse, interiorizar y reproducir el complejo simbólico-cultural del grupo al que se siente perteneciente. Entonces, se puede decir que “el pertenecer a un grupo o una comunidad implica compartir un núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y los define” (Giménez, 1997). Entendiendo el concepto de “representaciones sociales” como un conjunto de creencias, opiniones y actitudes de un objeto determinado. Dichas representaciones, al ser compartidas, contribuyen a la construcción de una realidad común tanto para el individuo como para el colectivo que las ejerce.

Otra característica fundamental de la identidad es la perdurabilidad de la construcción de esta a través del espacio y tiempo, ya que las

representaciones sociales son reproducidas siempre y cuando el sujeto siga sintiéndose identificado o estas prácticas le sigan siendo de utilidad, por lo cual existen múltiples variantes que intervienen e influyen en la consistencia de la constante autodefinición que hace el individuo de sí mismo y de sus colectivos de pertenencia (nosotros), así también de las concepciones que crea de los sujetos que le rodean (los otros). La identidad no es estática, se construye y se (re)produce continuamente.

Es valioso comprender la influencia del trabajo en la construcción de una identidad (individual o colectiva), partiremos con cuestionarnos ¿qué es el trabajo? Riechmann (2010) lo define como la realización de actividades y tareas que permiten que los individuos, de cierta manera, se ganen la vida, entendiendo “ganarse la vida” como la satisfacción de sus necesidades humanas.

Sin embargo, dichas necesidades no se limitan exclusivamente a la supervivencia física, dado que, en ciertas circunstancias, el trabajo transforma el entorno de manera fructuosa creando un nivel de vida que puede llegar a sobrepasar la subsistencia básica (Riechmann, 2010, p. 24).

Sahlins (2017) nos explica que el hombre se hace a sí mismo, incluyendo su consciencia, mediante la actividad práctica en el mundo. El sujeto, al producir con la materia prima que tiene a su alcance, transforma el mundo, y simultáneamente se transforma a sí mismo y su relación con otros. Durante el proceso de satisfacer las necesidades humanas, se crean nuevas necesidades. El individuo, al actuar con los medios y recursos que dispone, altera las condiciones materiales de su actividad. En consecuencia, altera también sus concepciones, conforme su entorno cambia. “Al desarrollar nuevas fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción, el hombre desarrolla una naturaleza histórica que determina, para él, tanto el carácter de la naturaleza viva como el carácter espiritual o político de la sociedad. La naturaleza es, entonces, naturaleza humanizada, es decir relativa [...] La relación entre la sociedad y las circunstancias objetivas es mediada por un sujeto histórico [el hombre]” (Sahlins, 2017, pp. 129-130).

Al hablar de trabajo tratamos intrínsecamente con aspectos materiales y culturales de nuestra existencia (Watson, 1994, p. 94). El trabajo es multidimensional, según Schumacher y se evocan tres dimensiones

básicas de este: producción de bienes y servicios, autorrealización humana¹ y socialización (Schumacher, 1980, p. 16). Estas tres dimensiones propuestas están directamente relacionadas con la vida y el desarrollo del hombre (incluyendo su sociedad).

Con lo afirmado, se pretende evidenciar teóricamente la relación entre la identidad y el trabajo, en donde el individuo, al realizar una actividad productiva, se hace así mismo. A continuación, se integrarán en el análisis y se expondrán datos contextuales para hablar del caso de estudio particular: el trabajo de los obreros del Ingenio Rosales en Costa Rica, Sinaloa. La geografía del pueblo.

Costa Rica se sitúa en el municipio de Culiacán, en el estado de Sinaloa y se localiza a los 24°35' de latitud norte y a 107°23' de longitud oeste, con una extensión territorial de 450 km². Su relieve es plano y semiplano, sus suelos son aptos para la agricultura. No cuenta con ríos, arroyos o manantiales naturales, a pesar de ello la actividad agrícola se ha mantenido activa y fructífera, ya que se abastece de un conjunto de diques y canales alimentados por el río Culiacán. Posee gran diversidad de ganado porcino, equino y vacuno, así mismo en la fauna salvaje hay cuervos, zopilotes, palomas, cuichis, lechuzas, tecolotes, urracas, cenizotes y cardenales, en la fauna doméstica es común encontrar en los hogares gatos, perros, gallos, gallinas y guajolotes (Gobierno de Culiacán, 2018). La sindicatura está compuesta por 27 comisarías y nueve rancherías, es denominada la ciudad más joven del estado de Sinaloa con 74 años de historia y actualmente poblada por 24 874 habitantes, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2020).

El prelude costarricense

Costa Rica, que es cabecera sindical, fue consecuencia indirecta de la Segunda Guerra Mundial, debido a que al culminar gran parte del mundo careció de azúcar doméstica. Nuestro país no fue partícipe directo en el conflicto bélico, pero sí sostuvo una postura contraria a los países que

¹ En este punto se hace referencia al uso y perfección que se les da a los talentos y habilidades humanas.

conformaban el Eje (Alemania, Japón e Italia) y apoyó con la distribución de materia prima a los Aliados mediante convenios internacionales. En 1945, ante tal desabasto azucarero en México, el presidente Manuel Ávila Camacho impulsó un programa para la ampliación de unidades agrícolas e industriales en la región del noroeste que permitieran la producción masiva del endulzante. El empresario Manuel Suárez, apoyado por el Gobierno Federal y el Banco Nacional, decidió llevar a cabo la construcción del Ingenio Central Sanalona en esa zona, ya que, además de tener una ubicación cercana a la capital del estado, se contaba con un terreno extenso y con el suelo ideal para llevar a cabo la cosecha de la caña. Antes de dicho suceso no había población en esa área, es decir que los primeros hombres en arribar para edificar la fábrica levantaron también los cimientos de lo que ahora es un inmenso asentamiento humano categorizado oficialmente como ciudad en 1997.

En 1946, mientras se daba lugar al proyecto de la factoría y de las tierras, los trabajadores también construyeron un canal principal, brindándole agua a la población. Así mismo, para asegurar la vivienda de los obreros, se compraron carpas que habían sido utilizadas por el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial y se agruparon en una zona aledaña a la fábrica.² Se le nombró a la comunidad “Campamento de los Trabajadores de la Construcción del Ingenio Central Sanalona”, y en su inicio contó con 4 000 habitantes, todos migrantes de estados vecinos. Debido al veloz crecimiento poblacional, en 1947 se busca el reconocimiento político y jurídico de la comunidad, obteniendo el rango de “villa”, y se cambia el nombre a Costa Rica, que tiene como significado “Lugar de tierras bajas y fértiles entre la sierra y la costa” (Luna, 2001).

En 1948, ya con la formalización de la producción del azúcar, el ingenio aseguró una calidad de vida para los obreros proveyendo servicios básicos gratuitos como tuberías de agua y luz eléctrica. La civilización fue creciendo a pasos agigantados; para 1950 ya se contaba con más de 6 000 habitantes (INEGI, 2020) y se establecieron los primeros comercios,

² La zona donde se colocaron dichas viviendas, en la actualidad es conocida como Barrio de las Carpas.

escuelas y una iglesia; los medios de transporte disponibles eran el ferrocarril y una línea de autotransportes.

La morfología fue cambiando, extendiéndose y modificándose conforme creció la población. Se pasó de contar con viviendas colectivas para los obreros a la construcción de casas y la conformación de colonias. Cabe destacar que las necesidades se transformaron abruptamente con el pasar de los años, ya que en un principio la comunidad estaba compuesta en su mayoría por jóvenes solteros que migraron con la promesa de un trabajo estable, quienes con el tiempo se casaron e integraron núcleos familiares, trayendo así a las primeras generaciones de costarricenses. Aunado a lo anterior, al ser una joven ciudad bastante fructífera por la producción de azúcar en la fábrica y por la riqueza de sus tierras al cosechar, principalmente la caña, se fue consolidando como un centro económico para las comunidades vecinas, incrementando la demanda de labores del sector terciario y servicios: pequeños hostales, restaurantes, tabernas, entre otras. El flujo de forasteros y la comercialización obligaron a los costarricenses a mantener vías de comunicación y transporte que facilitarían el tránsito de bienes y personas.

Elementos identitarios influyentes en los obreros y su historia

Luis Vázquez nos plantea que para la formación de una identidad existen múltiples elementos que inciden en el individuo ante su percepción: *la familia, grupos sociales, escuela y la iglesia* son ejemplos de estos. Pero refiriéndonos específicamente a una identidad obrera existen ciertos elementos que son fundamentales e influyen directamente en la construcción de la misma, ya sea individual o colectiva: el trabajo, las organizaciones, las acciones colectivas, el espacio laboral y el poder que enfrentan (Vázquez, 1996).

El trabajo

Tomando en cuenta que, mediante un proceso de producción, el individuo no solo transforma la materia prima en un bien de uso y/o de cambio, sino que también lleva a cabo un ejercicio de proyección, producción y

reproducción de ciertos códigos simbólicos y de su mismo ser, objetiva y subjetivamente. Así mismo, el trabajo y las actividades que debe realizar en la fábrica lo orillan a mantener una cercanía con otros obreros que ejercen la misma función, identificando la barrera del “nosotros” y los “otros”. En pocas palabras, el trabajo implica la identificación del sujeto con la estructura ampliada que envuelve su actividad laboral: espacio, estilo de vida, ideología y cultura. Todo esto siendo posible en tanto el individuo se reconozca como parte de un grupo o clase.

Las organizaciones

La importancia de estas incide no solo en los beneficios que obtiene un obrero al pertenecer a un grupo de personas que lo representarán frente a la empresa, sino que también ayuda a determinar su rol en la sociedad, a construir una identidad individual y a ser parte de la construcción de la identidad colectiva. Si no existiera en un obrero esta identificación con quienes lo rodean, permanecería aislado durante su jornada laboral con el mero interés de la producción de los bienes para satisfacer sus necesidades naturales y las de su familia.

Otro ejemplo de este elemento en el ámbito de la recreación, específicamente hablando de una identificación en los obreros costarricenses, fue el deporte, como se puede apreciar en el libro del cronista Benjamín Luna Lujano (2001), el fútbol ha sido un pilar en la construcción de la identidad colectiva del pueblo. En relación con la cuestión sindical de los obreros costarricenses, durante 1946, mientras se llevaba a cabo la construcción del ingenio y el desmonte de tierras donde se sembraría la caña de azúcar que se industrializaría, se intentó crear dos sindicatos: el Sindicato de Trabajadores de la Construcción del ingenio Central de Sanalona, S. A. y el Sindicato de Obreros de la Construcción del ingenio Central de Sanalona, el primero estaba constituido por obreros que laboraban en el desmonte de las tierras y construcciones en general y el segundo por un grupo de obreros que participaban en el levantamiento del Ingenio. Pero ante la imposibilidad de registrarlos simultáneamente como miembros del Sindicato Nacional Azucarero, ambas

organizaciones efectuaron una asamblea para su unificación, formalizando así la denominación Sindicato de Obreros y Campesinos de la Construcción del Ingenio Central Sanalona, S. A. y Labores Conexas, a principios del año 1947 (Luna *et al.*, 1998).

En 1948, cuando la factoría comenzó sus funciones y se llevó a cabo la primera zafra, ante una serie de desacuerdos internos en la asamblea del sindicato, por cuestiones políticas y administrativas, entró en registro la sección 106 ante el Comité Nacional Azucarero y se liquidó el Sindicato de Obreros y Campesinos (Luna *et al.*, 1998).

Estas organizaciones nacieron por la necesidad de los individuos de establecer una relación obrero-patronal y así mismo ejercer fuerza jurídica en el reclamo como trabajadores, era una lucha constante por sus derechos.

También se crean estas identificaciones organizacionales en el ámbito de ocio, recreación, deporte e ideología. Ejemplo de esto es la religión; en el caso de Costa Rica, la religión que más se ha compartido es el catolicismo desde su consolidación como comunidad. El Ingenio Central Sanalona llevó a cabo la construcción de la iglesia católica Sagrado Corazón de Jesús, que hasta la fecha sigue siendo la capilla principal y punto de reunión para ciertas festividades comunales. El levantamiento de dicho templo partió de la necesidad colectiva de miembros de la comunidad por contar con un lugar considerado sagrado donde reunirse en conjunto para ejercer su espiritualidad y su práctica del catolicismo. Hasta la fecha, sigue siendo un recinto simbólico e importante para un sector de la población local como parte de las dinámicas colectivas relacionadas con necesidades ontológicas. De acuerdo con testimonios de extrabajadores de la fábrica, el catolicismo formó parte de los rituales de la producción de caña, específicamente en la organización de misas al comenzar y terminar la época de zafra cada año, así como para situaciones de luto entre la comunidad obrera y sus respectivos familiares. Así mismo, se tenía la costumbre de congregarse en la iglesia en las misas dominicales, ya que, de acuerdo con testimonios, los domingos eran el día de descanso para la mayoría de trabajadores de la fábrica. Ante esta situación, es importante mencionar que la iglesia y los sacerdotes han sido considerados como una institución relevante en la experiencia local relacionada con el trabajo en el ingenio Rosales.

El primer asentamiento humano que se conformó estaba integrado por hombres que viajaron para trabajar en la construcción del ingenio, provenientes de Sinaloa, Michoacán, Durango y mayormente de Jalisco. Había quienes se juntaban informalmente a patear el balón en el monte al culminar sus jornadas. Conforme las labores se fueron llevando a cabo, se siguió compartiendo entre algunos obreros el gusto por el fútbol y fue hasta que llegó al pueblo el señor Salvador Rodríguez Serrano, quien además de su función como obrero tenía una fuerte afición por dicho deporte. Al percatarse del gusto informal de sus compañeros y ver un aparente potencial, desde el primer día que arribó a la localidad se dio a la tarea de promoverlo para así poder llevarlo de la calle a las canchas (Luna, 2001).

Se integró un equipo oficial de obreros, sumando el apoyo de la administración, del sindicato y de la comunidad, se les dio por nombre Club Costa Rica, Sección 106. Dicha integración deportiva tuvo un gran auge, dando pauta también a conflictos internos. Un ejemplo de ello fue que en diversas ocasiones se dio prioridad de contratación para el trabajo en la fábrica a aspirantes que presentaron dotes futbolísticas; también se dio prioridad a los futbolistas de conservar sus empleos cuando la zafra terminaba, mientras que para el resto de trabajadores la probabilidad de quedarse sin empleo cada seis meses era una realidad (Luna, 2001).

Esto ocasionó inconformidades entre trabajadores y consecuentemente hubo reclamos por un sector de trabajadores y por parte del sindicato, al considerarse injusto. No se tiene registro de cómo se manejó esa situación por parte de la administración de la fábrica.

El equipo se mantuvo activo hasta la clausura del ingenio con una larga historia de integrantes, ligas y torneos.

Las acciones colectivas

Posterior a que un individuo se siente identificado con quienes lo rodean y se agrupan en organizaciones, se llevan a cabo acciones que representan conductas proyectadas, ya que estas se planean con anticipación y tienden a estar dirigidas hacia la obtención de una meta en específico. Estas prácticas

parten desde un plano subjetivo y trascienden su dirección buscando la obtención de un bien común, objetivo y real. En el caso de las fábricas, una práctica frecuente son las insignes huelgas, que suelen tener como fin la búsqueda de mejores condiciones laborales. Así mismo, se deben tomar en consideración las acciones colectivas que los obreros ejercen, las cuales no se relacionan directamente con la labor que desempeñan, pero sí influyen en la construcción de una identidad colectiva de la comunidad. En lo que respecta a los obreros costarricenses, como se mencionó anteriormente, se creaban organizaciones de individuos con intereses e ideologías en común, incluyendo el deporte y la religión.

Un estadio de y para todos

Volviendo a 1947, ante la evidente afición que se compartía entre muchos de los trabajadores que arribaban desde sus lugares de origen, se sentía un desánimo por no contar con un área para llevar a cabo la práctica del balompié. De acuerdo con el testimonio de un exobrero (Luna, 2021), quien relata que junto con otros interesados solicitaron a la administración de la fábrica la posibilidad de contar con un espacio para practicar. Lo consultaron con los hermanos Suarez, quienes eran encargados de las oficinas administrativas y aceptaron la propuesta. Se asignó al topógrafo de la empresa la tarea de delimitar un terreno para considerarlo como un área deportiva cercana a la fábrica.

Se otorgó un terreno inhóspito que requería ser adaptado para su uso. La limpieza tomó meses de arduo trabajo voluntario, después de sus jornadas laborales y en sus días de descanso se formaban grupos de hasta 40 obreros que, con machetes y hachas, limpiaban el área y retiraban toda la maleza que había en el lugar (Luna, 2001).

Al culminar el proyecto, fueron los administradores quienes inauguraron el recinto, dando un discurso en referencia al deporte: “Tienen ustedes en sus manos la fuente de la eterna juventud. Cuídenla y háganla florecer para que nunca se acabe y sea una herencia inagotable para sus hijos” (Luna, 2001, p. 23). Ahí se llevaron a cabo los primeros partidos del Club Costa Rica. Durante las misas dominicales, los sacerdotes hacían la invitación a los

asistentes a apoyar las actividades futbolísticas, incluyendo constantemente la división de género, solicitando a las mujeres jóvenes que integraran una porra para el equipo.

Así fue como la comunidad se involucró en el apoyo al deporte, transformando dichos partidos en eventos populares y al estadio en un lugar de convivencia colectiva entre los pobladores.

Otro suceso que influyó en la formación del estadio como un centro de congregación comunal fue que en 1953 el Ingenio Central Sanalona cambió de administración y pasó a ser propiedad del gobierno federal, entonces quedó cargo el señor José Ruiz Sánchez, quien apoyó bastante al pueblo con su afición al deporte. Con recursos, maquinaria y mano de obra de la fábrica construyó gradas que podían albergar a más de 800 personas, sembró alrededor de 50 pinos y remodeló parte del campo, creando así las condiciones ideales para llevar a cabo eventos deportivos concurrecidos, albergando un paisaje frondoso, fresco, hermoso y agradable con las cuatro estaciones del año para toda la comunidad. Por último, el señor José Ruiz donó el centro deportivo y su terreno al sindicato sección 106 para que el Club Costa Rica dispusiera de él y lo administrara (Luna, 2001).

De acuerdo con el testimonio de el exobrero Manuel Ángulo (2020), quien recuerda con nostalgia las décadas de los ochenta y noventa, cuando este espacio albergaba posibilidades de ser aprovechado para cualquiera que quisiera utilizarlo, ya sea con fines deportivos, de esparcimiento o de convivencia, en los días hábiles se podía apreciar el flujo de gente: por las mañanas y a mediodía se observaba a los niños de las primarias, ubicadas justo enfrente, jugar fútbol. Y por las tardes practicaba el Club Costa Rica, también se practicaba el béisbol y otros deportes. Así mismo se podía encontrar a miembros de la comunidad, jóvenes, amas de casa, señoras y señores yendo a caminar o correr alrededor del campo. Los sábados solían jugarse los partidos oficiales de torneos o ligas de fútbol y los domingos ocasionalmente se hacían partidos y se podían observar familias haciendo picnics y disfrutando el paisaje del campo (Ángulo, 2020).

También se utilizó dicha instalación para eventos públicos de carácter recreativo y de tradición. Ejemplo de estos eran: bailes donde se hacían presentaciones de bandas y artistas foráneos, atractivos para la comunidad; el festejo en conmemoración de la Independencia de México; un desfile

conmemorativo de la Revolución mexicana, que culminaba en el recinto y se hacía una demostración vespertina de todos los espectáculos exhibidos, los cuales estaban conformados y coordinados por diversas instituciones como asociaciones civiles, escuelas primarias, secundarias y preparatorias, grupos de jóvenes de la iglesia, entre otros (Ángulo, 2020).

El espacio donde se ubicaba el estadio fue vendido a Casa Ley por el sindicato, posteriormente el campo fue demolido en 2009 y en su lugar se construyeron un supermercado, un parque y una pequeña cancha de basquetbol (Ángulo, 2020). En dicho parque se encuentra un mural en el que se ilustran elementos simbólicos que proyectan referentes identitarios que han surgido en la historia de la población costarricense. La idea de un “pesar” colectivo por la desaparición de un centro de convivencia nos ayuda a percibir cómo estas disrupciones del espacio material tienen represalias en el equilibrio mental de los individuos al causar sensaciones de nostalgia e impotencia, puesto que además de las experiencias directas obtenidas por el individuo, también se crea una representación indirecta y subjetiva del lugar. En atención a lo que Maurice Halbwachs nos explica, podemos reflexionar que los objetos físicos con los que comúnmente el sujeto tiene contacto le proporcionan una imagen de permanencia y estabilidad: “La impresión de inmovilidad en verdad permanece con periodos más bien largos, un hecho que se explica tanto por el carácter inerte de los objetos físicos como por la relativa estabilidad de algunos grupos sociales” (Halbwachs, 1990, p. 13).

El Estadio Alejandro Torres albergó el desarrollo de actividades colectivas y significativas para la comunidad y con el paso de las décadas se convirtió en un objeto ambiental representativo para los oriundos del pueblo estando a la disposición comunal, creando dicha impresión de inmovilidad ante la percepción de la comunidad; sin embargo, cuando el grupo social se dispersó posterior a la clausura de la fábrica azucarera y ante las problemáticas sindicales se decide vender al sector privado, desaparece dicho espacio físico abruptamente y su valor simbólico se transforma, se mantiene en el plano subjetivo donde el individuo añora las vivencias y lo que representaba para él vivirlas y que ahora pasan a ser imposibles ante la inexistencia material del espacio.

El deporte y la devoción

La iglesia estuvo también relacionada con el deporte en la comunidad, principalmente por el hecho de que hubo sacerdotes que promovieron el apoyo al fútbol local, hasta el grado de involucrarse en la práctica deportiva.

De acuerdo con Luna (2001), en 1956 se integraron los primeros equipos infantiles liderados por el Sacerdote Santiago Alvarado, quien al observar la afición de grupos juveniles y compartir el gusto por el fútbol decidió organizar a los menores para que pudieran desarrollarse a temprana edad. Al ser perteneciente del gremio religioso, gozaba de una buena imagen pública obteniendo la confianza para hacerse cargo de los niños cuando tenían que salir de la comunidad a jugar con contrincantes de pueblos vecinos.

Se normalizó la práctica del balompié entre niños y adolescentes, lo cual causó consecuentemente que se tratara de una cuestión cultural y generacional.

Gracias a las nuevas generaciones de futbolistas, se detuvo la búsqueda de futbolistas externos y a partir de los años sesentas se contó con un equipo conformado por nativos (Luna, 2001).

Así mismo, se logró consolidar el deporte dentro de la comunidad, creando un sentido de pertenencia no solo para los deportistas, sino también para los padres de familia, amigos y espectadores que los animaban y apoyaban con entusiasmo.

Como se ha mencionado anteriormente en el presente capítulo, la iglesia católica ocupa casi en su totalidad el espacio religioso de los costarricenses y ha sido partícipe en la construcción de la identidad colectiva e individual de la comunidad obrera. Puesto que el ingenio Rosales apoyaba las prácticas simbólicas de dicha creencia, construyó la primera iglesia y ayudó a la difusión de eventos religiosos comunales que hasta la fecha se siguen llevando a cabo, se ha contado con vastos grupos juveniles y coros religiosos, se participa fielmente en eventos considerados importantes, como la Semana Santa, el Día de la Virgen, las posadas y el tradicional festejo del “Sagrado Corazón de Jesús”, donde se conmemora y se honra al “Corazón de Cristo” durante el mes de junio, se cierra la circulación de automóviles en las calles que rodean el templo y se coloca una feria ambulante con juegos mecánicos acompañados de venta de comida regional y fuegos artificiales.

Cuando se vive en un contexto socialmente religioso, es muy difícil para los creyentes no relacionar a Dios con todo lo que les rodea, reflejándolo en sus pensamientos, acciones y carácter. Esto también abarca el espacio laboral, en donde el individuo, al convivir con otros obreros en su área de trabajo, también crea una identificación con sus compañeros que comparten la misma ideología, los mismos hábitos e incluso con aquel al que observa entrar al templo cada domingo por la mañana al igual que él. Interiorizar la creencia provoca la práctica de conductas que se delimitan gracias a las enseñanzas que la religión provee a través de lo que se lee en la Biblia, lo que el sacerdote predique y lo que la sociedad demande legitimándolas.³

Al ser un pueblo devoto a la religión, las prácticas de tradiciones, la construcción de edificaciones sagradas y el contar con objetos simbólicos ha sido importante para la convivencia y estabilidad de los individuos; cabe mencionar que el Ingenio Rosales siempre estuvo presente y apoyó dicha cuestión.

El espacio y el poder

Durante la entrevista realizada al ex obrero Manuel Ángulo, desde su experiencia personal, nos relata que para delegar las actividades a realizar los ingenieros a cargo de las áreas delimitaban una cantidad de personas para cada función. Nos comenta que a su percepción se designaban más obreros de los necesarios, lo cual propiciaba que fuera común la coordinación y colaboración entre compañeros para no laborar la jornada completa y hacerla menos fatigosa sin dejar de cumplir sus funciones correspondientes. Considera que no había mucha presión por parte de los jefes. Mientras el azúcar se produjera correctamente, no los molestaban, incluso se podía encontrar a unos cuantos obreros tomando siestas en horas de trabajo.⁴

³ Incluso llegó a ser socialmente bien visto que los hijos de cualquier trabajador fueran integrantes de algún coro o equipo de fútbol de la iglesia.

⁴ Nos cuenta el señor Manuel que era común entre los obreros que esto propiciara la realización de bromas mientras tomaban sus siestas. Lo cual suscitó una tragedia en la que un obrero, para evitar ser víctima de un baldazo de agua mientras dormía, decidió descansar en un cuarto eléctrico. Nadie se percató de lo ocurrido y al encontrarlo horas después se dieron cuenta de que el hombre dormido tocó un cable y se había electrocutado.

El espacio que compartían los obreros durante sus labores era el escenario donde desarrollaban sus habilidades para la producción de un bien, un lenguaje para referirse a los instrumentos que utilizaban, se jugaba un rol, se creaban lazos, tradiciones, costumbres, actividades, símbolos y conductas; es un espacio en el que el individuo socializa, suele encontrar camaradería, amistad y compañerismo que se puede exteriorizar y trasladar al plano personal hasta el punto de convivir fuera de la fábrica, hacerse compadres, convivir en familia, ir a la iglesia o incluso jugar fútbol. Aunado a eso, este espacio también alimenta la distinción del “nosotros” y los “otros” con respecto a sus compañeros de otras áreas.

En el marco anterior se mencionó que el obrero funge un rol dentro de su espacio laboral, este papel lleva implícito un poder que se ejerce y se establece dependiendo desde dónde se defina, el cual le otorga cierto estatus social. Con lo anterior nos referimos a que los grupos de pertenencia del obrero y su lugar en el organigrama u organización de estos influye en lo que se percibe de sus acciones ante los que le rodean; por ejemplo, puede un individuo ser un obrero de la fábrica y al mismo tiempo ser reconocido por su buena participación futbolística; puede un empleado administrativo de confianza verse beneficiado por vivir en las casas más lujosas y exclusivas de la comunidad y causar admiración; puede un ingeniero sobresalir de sus compañeros por ser familiar de alguna figura pública o por establecer una relación de confianza con el sacerdote de la iglesia. No obstante, este poder se debe contextualizar, ya que también influyen quienes lideran las cuestiones socioeconómicas, gubernamentales y políticas de la región, para delimitar el plano jurídico, material circunstancial. Aunado a lo anterior, el obrero no se limita a ejercer poder, sino que también enfrenta el de los otros y vive constantemente bajo la influencia de él.

La intención de estas reflexiones es plantear que los aspectos culturales considerados en este texto como parte de la construcción de memoria colectiva relacionada con el trabajo en la fábrica azucarera desde el contexto posterior al cierre de esta, como la religiosidad y el deporte, conforman parte del patrimonio industrial intangible que refuerza la construcción de identidades sociales. El trabajo en la fábrica, visto desde una perspectiva antropológica, no solo fue una actividad productiva y económica, sino un espacio de construcción social y simbólica, en el que experiencias compartidas se ven

reflejadas en los testimonios documentados, en la distribución del espacio, en eventos públicos y en diversas actividades conmemorativas.

El ocaso del ingenio

El Ingenio Rosales cesó sus labores y fue clausurado en 1997, por diversas razones, las más importantes fueron:

- Una crisis de carácter estructural a nivel mundial, que consecuentemente causó una disminución en la demanda del azúcar. Aunado a lo anterior, la producción y comercialización de la fructuosa de maíz amarillo por empresas extranjeras desplazó al azúcar de caña mexicana.
- La deuda financiera de la industria azucarera mexicana ascendía a 25 mil millones de pesos para junio de 2001.
- El desvío de fondos financieros realizados por empresarios azucareros mexicanos que optaban por recibir créditos que utilizaban para meterlos a la bolsa de valores y obtener ganancias.
- La escasa rentabilidad para los campesinos y pequeños propietarios del cultivo de caña de azúcar, que consecuentemente motivó a que las tierras se utilizaran para la siembra de otros productos. Luego desapareció la Asociación Local de Productores de Caña de Azúcar, que resultaba ser la célula básica del Ingenio Rosales, alimentando la fábrica de materia prima durante más de 30 años.
- Por último, la situación de la industria azucarera nacional fue agravada por el proyecto de los empresarios azucareros norteamericanos, que consistía en comprar el 50% de los ingenios mexicanos para cerrarlos, evitando así los excedentes de dulce, ya que como venía estipulado en el Tratado de Libre Comercio, se debía repartir la exportación del endulzante para la Unión Americana (Luna, *et al.*, 1998).

Manuel Ángulo comenta que no se percataba de la aproximación del cierre, ya que observaba cómo se seguía remodelando la factoría con maquinaria nueva los últimos años de labores. Aunado a lo anterior, señala que sí hubo un recorte de personal que se fue dando poco a poco al pasar el tiempo, pero

asumía que se debía al exceso de colaboradores que integraban los equipos de trabajo. La fábrica contaba con aproximadamente 400 trabajadores cuando cerró sus puertas, dicho cierre causó incertidumbre y angustia a las familias costarricenses que sentían miedo por el futuro que le deparaba a la comunidad luego de sufrir la gran pérdida de la edificación que sembró la vida en el lugar y que fue la principal fuente de empleo. Hubo disputas e inconformidades, no todos los obreros fueron liquidados de manera justa, para el sindicato este suceso significó años de lucha, que se fue ganando poco a poco con conciliaciones y venta de bienes, un ejemplo de esto fue la venta del Estadio Alejandro Flores, donde la ganancia de dicha transacción se utilizó para seguir pagándoles a los exobreros. Se creía que era posible que la comunidad emigrara a la ciudad en busca de trabajo y Costa Rica se convirtiera en un pueblo fantasma, pero no fue así, la industria agrícola y ganadera ayudó a que se diversificaran las actividades laborales, el campo alrededor del asentamiento humano comenzó a fortalecerse y se posicionaron parques industriales a las afueras del pueblo brindando fuentes de trabajo a los costarricenses.

Viajando al pasado

Tomar la memoria como un punto de interpretación nos ayudará a leer el pasado a través de prácticas verbales, sitios y objetos físicos. Halbwachs (1990) nos indica que los lugares físicos suelen funcionar como la estructura de un marco espacial que nos permite recordar. Sin embargo, es necesario también comprender que no todos los soportes a la memoria (ya sean gestos, lugares, monumentos o archivos) garantizan su evocación. Se debe analizar de dónde provienen, quiénes son los actores que los ejercen, qué interpretación se les da, qué pretensiones hay detrás de dichos proyectos y la utilidad de estos. En síntesis, “el desafío es, entonces, identificar dónde, cómo y cuándo se objetiva la memoria de formas significativas para los procesos de interacción social” (Ramos, 2011).

Así mismo, se deben identificar y analizar los detalles de la narrativa del individuo al expresar oralmente sus memorias. Según Bauman, el sujeto al relatar sus memorias e historias suspende las convenciones ordinarias y lleva

a cabo un enlace especial con el oyente y con el lenguaje que utiliza (Bauman, 1974). Abonando a lo anterior, la autora Ramos nos plantea que “los grupos, en su permanente formación, van asociando sus memorias con ciertas prácticas corporales, con lugares específicos o con objetos” (Csikszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Myers, 1991; Attfield, 2000; Miller, 2001, citado en Ramos, 2011). Por ello se considera importante entender y capturar detalladamente la información que el individuo nos brinda más allá de su relato oral. La manera en la que un exobrero costarricense se expresa al recordar su pasado y al contar historias sobre el ingenio es igual de valiosa que la memoria misma. Manuel Ángulo quien labora como guardia de seguridad en los vestigios del ingenio, comparte que lo que más ama de su trabajo es poder seguir pisando el suelo que lo vio crecer. El exobrero nos narra sucesos detalladamente con emoción, también muestra tristeza cada vez que hace referencia al cierre de la fábrica. Nos confiesa que mantiene las remembranzas constantemente presentes: “A veces sueño que sigo trabajando como obrero aquí [en la fábrica]” (Ángulo, 2020).

Al hablar sobre lo que piensa del presente en contraste con el pasado, nos dice que considera que la juventud ha cambiado, que desafortunadamente hay muchos jóvenes que optan por “camino fáciles” evadiendo el trabajo fuerte y digno (haciendo referencia al trabajo del obrero): “Han intentado venir a hacer ‘destrozos’ a la fábrica, pero aquí estamos nosotros para cuidar” (Ángulo, 2020). Realizando un análisis se puede observar cómo la labor que ejerce tiene una relación directa con su pasado y simboliza algo más que solo vigilar el lugar físicamente, para él es preservar también las memorias de su vida obrera.

Con respecto a otros obreros, Manuel Ángulo ha presenciado bastantes visitas de ellos, incluyendo ingenieros, algunos viajan desde otras ciudades solo para volver a ver el ingenio, “voltar atrás” y rescatar sus recuerdos. Ha recibido a viejos compañeros con condiciones de salud delicadas por la edad y con el propósito de observar la fábrica una última vez y despedirse de ella antes de morir. Es importante estar consciente del contexto del obrero, ya que cada narrativa biográfica es un punto de vista que compone la memoria colectiva, es por ello que se deben analizar las condiciones en las que se rescata el pasado, porque —retomando lo que nos plantea Halbwachs (1990)— la memoria es la vivencia y el conocimiento del presente en relación con nues-

tro pasado. El señor José Luis Buelna Quiñonez también vivió el ocaso de la empresa azucarera y con base en su experiencia nos comparte que para él su pasado obrero representó una formación: “El ingenio es una escuela, ahí aprende a trabajar uno. El que quiere, y el que no, no. Ahí aprendí yo y me ha ido mejor desde entonces”. Nos explica que, durante las labores, si algo salía mal, los ingenieros le reponían el material y le daban la opción siempre de volverlo a hacer de la manera adecuada, así es como él obtuvo el conocimiento. Luego del cierre de la fábrica no regresó a la labor formal, pero siguió involucrado en la industria ayudando en proyectos temporales de reparación y refacción de tornos y maquinaria industrial, en capacitaciones de grupos obreros de otros ingenios de Veracruz, Jalisco y Baja California y ejerció la labor en talleres de herrería y soldadura. Al preguntarle por las labores de sus excompañeros comenta que la gran mayoría encontraron trabajo en distintos sectores, desde la jardinería, talleres mecánicos, ganadería, servicios de vigilancia, policías, negocios de comercio familiares, la agricultura y todos sus derivados industriales.

El señor Luis nos comparte que él conserva un gran respeto por la labor industrial que tanto le ha enseñado y que decidió no emigrar de Costa Rica porque está orgulloso de tener a su familia en el lugar en el que creció: “No importa cuántas veces me tenga que ir, es solo por un ‘ratito’, siempre voy a volver aquí, aquí me voy a morir” (Buelna, 2019). Analizaremos esto, pero no partiendo del arraigo al lugar al cual se siente perteneciente, sino por su contexto personal: el hermano mayor del señor Luis fue líder del sindicato de la Sección 106 por dos periodos, lo cual indirectamente lo benefició en su posibilidad de seguir ejerciendo ocasionalmente. Otra cuestión que se puede analizar es la manera en la que se refiere a la labor obrera y al conocimiento industrial adquirido: con una denotación de orgullo y seriedad. Por último, él nos comenta que estar en Costa Rica le permite mantener su afición a la pesca, para esto tenemos que mencionar que las condiciones materiales y geográficas de su entorno le permiten tal práctica, ya que Costa Rica está ubicada a la cercanía del conjunto de diques alimentados por el río Culiacán.

Las nuevas generaciones y la nostalgia azucarera

En 2020 se cumplieron 23 años de que el Ingenio Rosales culminó sus labores, y aunque se podría asumir que solo quedan los recuerdos de la labor productiva que dio vida al pueblo por muchos años no es así, el sentimiento de nostalgia que es causado por las remembranzas de aquellos días ha sido heredado a las nuevas generaciones que han interiorizado, hasta cierto punto, este pasado obrero, permitiendo así que las costumbres, tradiciones y estilo de vida que les brindaba el ingenio se honren y se respeten.

Para poder argumentar lo anterior, se pondrán en evidencia distintos elementos que posibilitan la suposición de que se han estado gestando prácticas concretas que refuerzan algunos aspectos de la identidad grupal, simultáneamente rindiendo tributo y externando un respeto a la historia, formación y al pasado obrero de la comunidad que persiste a pesar del inminente decurso de los años y las transformaciones identitarias que traen consigo. La primera cuestión que se abordará es el distintivo movimiento artístico muralista que ha surgido estos últimos años. Actualmente hay tres murales en el pueblo rebosantes de símbolos representativos de la identidad colectiva. Julián Zavala, quien es parte del Colectivo Cañero ⁵, fue líder del proyecto para la creación de los dos murales ubicados donde anteriormente se encontraba el demolido Estadio Alejandro Torres. El artista nos permitió conocer un poco más acerca del proceso.

“Hace pocos años, platicando con Jahabel Valencia, un joven con bastantes cualidades artísticas, le expresé mi preocupación por desarrollar cosas en Costa Rica. Le decía que en tantos años que tenía nuestro pueblo no había algunas pintas o diseños con los cuales nos sintiéramos orgullosos, identificados pues. Le comentaba que han desfilado infinidad de artistas de todo tipo y que no deberíamos dejar pasar el tiempo sin producir cosas, no sé, pintas, diseños, ilustraciones, etc. El caso que cuando salió esa convocatoria, pues decidí ponerme las pilas y armar el material integrando en él las ilustraciones que ya tenía elaboradas. Las ilustraciones si te das cuenta son propias de nuestro pueblo”.

⁵ El Colectivo Cañero es un grupo de pintores costarricenses.

La convocatoria fue lanzada y aprobada por el Instituto Municipal de Cultura de Culiacán y el mural se llevó a cabo en abril de 2019, titulado *Orgullo de un pueblo cañero*. Julián comparte que el mural recibió una aceptación tan positiva que las personas del pueblo les motivaron a pintar otro en un espacio de pared que se encuentra a un costado del primero, y es así como surgió la pintura de *La grúa*: “Representa el soporte económico del poblado y el año de la fundación de nuestra ciudad. Plasmé una serpiente por dos razones: porque es un animal abundante en las siembras y por el hecho de que nos olvidamos de repente de nuestro símbolo nacional, de nuestras raíces”.

Pero en conclusión lo que nos llevamos es ese gesto tan bonito que regala la gente al ver los colores, las formas, en cómo cada persona lo interpreta distinto y saca su propia idea al observarlo. Pienso que el simple hecho de contener una explosión de color detona en la gente [...] ciertas emociones. Creo que, al ir de compras al supermercado, ir a caminar o a sentarse en el parque y observar eso, se les regala unos segundos de sensaciones, se salen un poquito de sus pensamientos o preocupaciones que traen en su cabeza (entrevista realizada a Julián Zavala el 13 de mayo de 2020).

Otro mural representativo que se llevó a cabo fue *Identities* dicho proyecto fue liderado por el artista costarricense Juan Narváez, en colaboración con Jahabel Valencia, Julián Zavala, José García e Indira Ponce y forma parte del Centro Cultural Costa Rica que se inauguró en octubre de 2017, apoyado así por el Instituto Municipal de la Cultura de Culiacán. Esta gran pieza se encuentra ubicada a escasos metros de los vestigios del ingenio. El autor comenta que la parte superior simboliza el arte, la danza, la educación, la salud y las instituciones locales y la parte inferior plasma el desarrollo agrícola, a los campesinos y a los obreros costarricenses.

Figura 5.1. *La grúa*



Fuente: fotografía propia del mural “*La grúa*” realizado por el Colectivo Cañero en 2019.

Por último, se encuentra el mural titulado *Costa Rica, ¡puro corazón!*, pintado por Julián Zavala en colaboración con otros artistas, en julio de 2019. Consta de una ilustración de un corazón, dentro las imágenes representativas del fútbol, la iglesia, el ingenio, la sindicatura, el centro cultural, la música, la agricultura, la pesca y los campesinos. Cabe aclarar que los miembros de los grupos de artistas costarricenses que fueron partícipes en la creación de las obras antes mencionadas no son exobreros, sino hijos, nietos e incluso son oriundos que no cuentan con ascendencia involucrada en la labor azucarera, sin embargo, en ellos existe el interés explícito de reconstruir la historia del pueblo, externarla y difundirla como mecanismo de autoconocimiento e identificación colectiva.

Las representaciones de distintos elementos identitarios son parte de la proyección colectiva y de las remembranzas del pasado obrero que prevalecen en el pueblo. Al realizar una comparación de las ilustraciones hay dos referentes que coinciden: la agricultura y la fábrica azucarera. Ambas han sido la base económica del pueblo, la agricultura de manera constante desde la consolidación del ingenio y el ingenio solo de manera histórica. Ante dicha compa-

rativa, nos atrevemos a mencionar que las representaciones simbólicas y culturales que forman parte de la identidad de los costarricenses y su pasado obrero, que es remanente en las nuevas generaciones, están explícitamente arraigadas a la estructura económica que desempeñan. Como Sahlin's señala: "El concepto cultural se presenta más como la consecuencia que como la estructura de la actividad productiva" (Sahlin's, 2017, p. 137), es decir que las representaciones culturales que han interiorizado los costarricenses, haciendo alusión a su pasado obrero, son consecuencia directa de la producción de azúcar que se llevó a cabo en la comunidad.

Figura 5.2. *Costa Rica, ¡Puro corazón!*



Fuente: fotografía propia del mural *Costa Rica, ¡puro corazón!* realizado por el Colectivo Cañero en 2019.

Solicitando un esfuerzo por recordar el pasado se tuvo la oportunidad de cuestionar a hijos de exobreros, quienes nos compartieron recuerdos de los días en los que el Ingenio Rosales aún seguía produciendo (Cisneros *et al.*, 2020), los referentes que se mencionaron con más frecuencia fueron:

- El olor a caña quemada y azúcar que provenía de la fábrica.
- La ceniza en el aire que teñía los pisos y las banquetas.
- Trozos de azúcar dura que los obreros solían llevar a casa.
- Los bailes y eventos comunales llevados a cabo en el estadio.
- El sonido del silbato de la fábrica.

El silbato fue asiduamente mencionado debido a dos cuestiones: la primera es el hecho de que dicho silbido se convirtió en un eco que acompañó a los costarricenses desde el inicio de la comunidad, de 1946 a 1947 indicó el transcurrir de las horas.⁶

“A partir de 1948, pitaba para organizar cada entrada y salida de las jornadas laborales, se hacía presente durante las festividades colectivas y al celebrar cada inicio de año; acompañaba en lamentos a los trabajadores cada vez que una zafra culminaba y al fallecer un obrero, mientras la carroza fúnebre transportaba el cuerpo por la calle principal una última vez, al pasar frente a la fábrica, se prendía el chiflido fuertemente, haciendo analogía a que el ingenio lloraba ante la pérdida de uno de sus hijos”. (Jesús Cisneros, comunicación personal, 2020)

El sonido se escuchaba hasta 5 km a la redonda, la comunidad estaba de luto. La segunda razón es que, en 2008, ante la solicitud del cronista costarricense Benjamín Luna Lujano, la administración que se encuentra apoderada legalmente del Ingenio Rosales, S. A de C. V., como gesto de solidaridad a la memoria del trabajo industrial que se ejecutó durante décadas, donó uno de los antiguos silbatos a la comunidad para su conservación. Posteriormente, el 2 de abril de 2019, para la conmemoración del 71 aniversario de Costa Rica, con la presencia de personalidades de la política⁷ y acompañados de

⁶ Iniciaba a las 5:30 am y terminaba 10:30 pm, indicando el pasar de cada hora durante ese lapso de tiempo diariamente.

⁷ Cabe mencionar que entre esas personalidades se encontraban: el alcalde de Culiacán, Je-

la tradicional banda sinaloense, se reactivó el silbido del ingenio durante un evento en el que acudió gran parte de la población, dicho suceso se vivió entre aplausos, asombro, risas y llanto. A partir de ese día, suena nuevamente el silbato.⁸

Aunque la fábrica ya no se encuentra en operación, sus vestigios físicos y elementos simbólicos del trabajo siguen siendo significativos para un gran sector de la población de Costa Rica. Este caso puede ser considerado como una muestra de la importancia de la historia industrial en el noroeste de México del siglo xx en la construcción demográfica y cultural de poblaciones locales.

A manera de colofón, se puede decir que la clausura de la fábrica azucarera Ingenio Rosales ocurrida en 1997 en Costa Rica, Culiacán, Sinaloa, transformó la estructura productiva de la población que radica en esta localidad. No obstante, el cese de labores del ingenio también tuvo repercusiones en materia social, cultural y política debido a que dicha empresa se distinguió desde su creación por intervenir en términos de planeación urbana (en la construcción de colonias y de espacios de recreación), en la creación de instituciones prestadoras de servicios (de salud y educación) y en la promoción de eventos deportivos, sociales y culturales.

Actualmente, los pobladores de Costa Rica se encuentran en un contexto plagado de remanentes de su pasado obrero. Sin embargo, el surgimiento de nuevas actividades productivas, aunado a la irrupción de nuevos agentes que han comenzado a desempeñar aquellas funciones realizadas por la empresa ya aludida, han generado cambios en la reproducción social y cultural de los habitantes de este asentamiento humano. Estos elementos son importantes a considerarse como parte del patrimonio industrial intangible del pueblo y de la región.

sús Estrada Ferreiro; Minerva Solano, directora del Instituto Municipal de Cultura de Culiacán; Guadalupe Ávalos, síndica de Costa Rica, entre otros invitados (Tamayo, 2019).

⁸ Silba diariamente a las dos de la tarde y 10 de la noche, rememorando la culminación de las jornadas laborales del antiguo ingenio. Aunado a lo anterior, nuevamente suena un exobrero.

Referencias

- Ángulo, M. (2020). Trabajo de campo [entrevista]. J. Sánchez.
- Bauman, R. (1974). Verbal Art as Performance. *American Anthropologist*, 77(2) 290-311. <https://doi.org/10.1525/aa.1975.77.2.02a00030>
- Briones, C. (1994). Con la tradición de todas las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: usos del pasado e invención de la tradición. *Archivo para las ciencias del hombre*, 99-129.
- Buelna, J. (2019). Trabajo de Campo [entrevista]. J. Sánchez.
- Cisneros, J., Ramírez Segura, L., García, M., Gastelum, A., Meza, M., Álvarez Castro, T., ... Ayala, F. (2020). Recopilando anécdotas [entrevista]. J. Sánchez.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, 9(18), 9-28. <https://doi.org/10.17428/rfn.v9i18.1441>
- Gobierno de Culiacán. (2018). Ayuntamiento de Culiacán. H. Ayuntamiento de Culiacán. <https://www.culiacan.gob.mx/sindicatura/costa-rica/>
- Halbwachs, M. (1990). Espacio y memoria colectiva. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 3(9), 11-40.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020, 31 de marzo). Archivo Histórico de Localidades Geoestadísticas. INEGI. <https://www.inegi.org.mx/app/geo2/ahl/#>
- Luna, B. (2001). *Azúcar, sal y miel. Medio siglo de futbol en Costa Rica*. Difocur.
- Luna, B., Soto, F., y Valdés, G. (1998). *Costa Rica, historia de un pueblo azucarero*. Difocur.
- Ramos, A. (2011). Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades*, 21(42), 131-148. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-70172011000200010&script=sci_abstract&tlng=pt
- Registro Agrario Nacional. (2020). Selección del Área de Visualización Geográfica. Sistema de Información Geoespacial del Catastro Rural. <https://sig.ran.gob.mx/>
- Riechmann, J. (2010). El trabajo como dimensión antropológica (y como mediación entre naturaleza y sociedad). *Ecología Política*, 22-34. https://www.ecologiapolitica.info/wp-content/uploads/2016/03/040_Riechmann_2010.pdf
- Sahlins, M. (2017). *Cultura y razón práctica* (2ª. ed.). Gedisa.
- Schumacher, E. F. (1980). *El buen trabajo*. Debate.
- Tamayo, M. (2019). Revive el silbato del Ingenio Central Azucarero de Costa Rica. *El Sol de Sinaloa*. <https://www.elsoldesinaloa.com.mx/local/revive-el-silbato-del-ingenio-central-azucarero-de-costa-rica-3268541.html>
- Várguez Pasos, L. A. (1996). El trabajo en la construcción de la identidad. Los desfibradores de Yucatán. *Estudios Sociológicos*, 14(42), 775-797. <https://www.jstor.org/stable/40420431>
- Watson, T. (1994). *Trabajo y sociedad*. Hacer.